

## VII

## EL MATRIMONIO EN EL PATIBULO

Un día, era en 1501, apareció en las esquinas de las calles de Nápoles el siguiente anuncio :

« Se dará la cantidad de cuatro mil ducados al que entregue, muerto ó vivo á la justicia, al bandido calabrés Rocco del Pizzo.

« ISABEL DE ARAGON, Regente. »

Tres días despues se presentó un hombre en casa del jefe de la policía, y declaró que sabia un medio infalible de a poderarse de aquel á quiense buscaba, pero que en cambio del oro ofrecido pedia una gracia que solo la re-

gente podia concederle : asi, pues, solo con la regente queria tratar de aquel asunto.

El ministro contestó á aquel hombre que no queria incomodar á S. A. por semejante bagatela, que se habian prometido cuatro mil ducados y no otra cosa, y que si los cuatro mil ducados le convenian, no tenia mas que entregar á Rocco del Pizzo, y los cuatro mil ducados se le entregarían.

El desconocido movió desdeñosamente la cabeza y se retiró.

En aquella misma noche se cometió un robo tan atrevido entre Resina y Torre del Greco, que todos calcularon que nadie mas que Rocco del Pizzo podia haber dado el golpe.

El día siguiente al terminar el consejo, pidió Isabel al jefe de la policía esplicaciones acerca de aquel nuevo acontecimiento. El jefe no tenia ninguna esplicacion que dar; aquella vez, como siempre, habia desaparecido el autor del atentado, y segun todas las probabilidades, se ejercitaba ya en otro punto del reino.

Entonces el jefe se acordó de aquel hombre que se le habia presentado la víspera y que le habia ofrecido entregar á Rocco del Pizzo : refirió á la regente todos los pormenores de su entrevista con aquel hombre ; pero añadió que como la primera condicion impuesta por él habia sido tratar el negocio con S. A., á quien en lugar del precio señalado, tenia, segun decia, que pedirla una gracia particular, habia creído deber rechazar semejante condicion preliminar, viniendo sobre todo de parte de un desconocido.

— Habeis hecho mal, dijo la regente; haced buscar al instante mismo á ese hombre, y si le hallais traédmele.

El jefe se inclinó y prometió poner en campaña todos sus agentes en el mismo día.

Efectivamente, al volver á su casa dió al instante la filiacion del desconocido, recomendando eficazmente le

descubriesen en cualquier parte que fuese, pero que una vez descubierto, tuviesen con él las mayores consideraciones, y que le llevasen á su presencia sin causarle ningun daño.

El día se pasó en infructuosas pesquisas.

En aquella misma noche tuvo lugar otro robo cerca de Aversa. Este habia sido acompañado de una audacia mucho mayor que el de la vispera, y no quedaba duda que Rocco del Pizzo, por motivos de conveniencia personal, se habia aproximado á la capital.

El gefe de la policía comenzó á sentir de todas veras haber despedido al desconocido de un modo tan terminante, y ese sentimiento aumentó todavía mas cuando por dos veces en la mañana del día siguiente envió á preguntar la regente lo que supiese acerca del desconocido que habia ofrecido entregar á Rocco del Pizzo. Desgraciadamente este arrepentimiento fué inútil; aquel día, como la vispera, pasó sin que recibiese ninguna noticia acerca del misterioso revelador.

Pero por la noche se verificó una nueva catástrofe. Al amanecer se encontró en el camino de Amalfi á la Cava un hombre asesinado. Estaba completamente desnudo y tenia un puñal clavado en el corazon.

Con razon ó sin ella, la vindicta pública atribuyó tambien aquel nuevo crimen á Rocco del Pizzo.

En cuanto al cadáver, se reconoció era el de un jóven noble á quien se conocia bajo el nombre de Raimundo el Bastardo, y que pertenecia á la poderosa casa de los Carracciolo, esos eternos favoritos de las reinas de Nápoles, uno de cuyos miembros pasaba en aquella sazón por ser el que desempeñaba cerca de la regente el cargo hereditario de la familia.

Esta vez el gefe se desesperó, tanto mas, cuanto que media hora despues de haberle referido aquel suceso, recibió de la regente la órden de pasar á palacio.

Fué allá al punto: la regente le esperaba con la frente fruncida y mirada severa; á su lado estaba Antoniello Carracciolo, hermano del asesinado, el cual habia ido sin duda á reclamar justicia.

Isabel preguntó con voz breve al pobre jefe si habia tenido alguna nueva noticia relativamente al desconocido; pero el gefe, aunque habia hecho recorrer las plazas, las enrucijadas y las calles de Nápoles, continuaba siempre en la misma incertidumbre. La regente le ordenó, que si al día siguiente el desconocido no habia sido encontrado, ó Rocco del Pizzo cogido, no se volviese á presentar ante ella sino para entregarla su dimision; el conde Antoniello Carracciolo habia declarado que solo Rocco del Pizzo podia haber cometido semejante crimen.

Volvia, pues, el gefe á su casa con la frente sombría é inclinada, cuando al levantar la cabeza creyó ver al otro extremo de la plaza, envuelto en una capa y calentándose al sol de otoño, un hombre que se parecia estraordinariamente á su desconocido. Se detuvo al pronto como clavado en su sitio, porque temblaba de que sus ojos le hubiesen engañado; pero cuanto mas le miraba, mas se afirmaba en su opinion; se dirigió entonces hácia él, y á medida que avanzaba reconoció mas distintamente á su hombre.

Este le dejó aproximar sin hacer ningun movimiento para huir ni para salirle al encuentro. Se le hubiese creído una estatua.

Cuando llegó el gefe junto á él le puso la mano en la espalda, como si temiese se le escapara.

— ¡Ah! al fin, eres tú, le dijo.

— Si, soy yo, respondió el desconocido, ¿qué me quereis?

— Quiero conducirte ante la regente. que desea hablarte.

— ¿De verdad? es un poco tarde.

— ¡Cómo! ¿es un poco tarde! preguntó el gefe temblando de que el delator no quisiese revelar nada. ¿Qué queréis decir?

— Quiero decir, que si hubiéseis hecho hace tres dias lo que haceis hoy, contariais en los anales de Nápoles dos robos menos.

— Pero, preguntó el gefe, ¿no habrás mudado de parecer, lo espero así?

— Jamás cambio.

— ¿Permaneces siempre en la intencion de entregar á Rocco del Pizzo si te se concede lo que pides?

— Sin duda.

— ¿Y tienes todavía posibilidad de hacerlo?

— Eso me es tan fácil como ponerme yo mismo en vuestras manos.

— Entonces, ven.

— Un instante. ¿Hablaré á la regente?

— A ella en persona.

— ¿A ella sola?

— A ella sola.

— Os sigo.

— Pero, sin embargo, con una condicion.

— ¿Qual?

— Que antes de entrar en su palacio entregareis vuestras armas al oficial de servicio.

— ¿No es esa la coslumbre? preguntó el desconocido.

— Si, respondió el gefe.

— Pues bien, entonces eso es consiguiete.

— ¿Consentís en ello?

— Sin duda.

— Entonces, venid.

— Vamos.

Y el desconocido siguió al gefe, quien de diez en diez pasos se volvia para ver si su misterioso compañero continuaba siguiéndole.

Asi llegaron á palacio.

Abriéronse todas las puertas ante el gefe, y á los pocos instantes se encontraron en la antecámara de la regente. Anunciaron al gefe quien fué introducido al punto, mientras el desconocido entregaba por su propia voluntad al oficial de guardia el puñal y las pistolas que llevaba á la cintura.

Cinco minutos despues volvió á presentarse el gefe; iba á buscar al desconocido para conducirle á la presencia de su alteza.

Atravesaron juntos dos ó tres habitaciones, luego encontraron una larga galería, y al extremo de ella una puerta entreabierta. El gefe empujó aquella puerta; era la del oratorio de la regente. La duquesa Isabel les esperaba allí.

El jefe y el desconocido entraron; mas aunque probablemente sería aquella la primera vez que este se encontraba ante una princesa tan poderosa, no pareció embarazado en lo mas mínimo, y despues de haber saludado con cierta rudeza que no carecia, sin embargo, de desenvoltura, permaneció en pié, inmóvil y mudo, esperando á que le interrogasen.

— ¿Sois vos, dijo la duquesa, quien se compromete á entregar á Rocco del Pizzo?

— Si señora, respondió el desconocido.

— ¿Y estais seguro de cumplir vuestra promesa?

— Me ofrezco como rehen.

— Asi vuestra cabeza.....

— Pagará por la suya si falto á mi palabra.

— En realidad no es lo mismo, dijo la regente.

— No puedo ofrecer mas, respondió el desconocido.

— Decid pues, ¿qué desais entonces?

— He pedido hablar á V. A. sola.

— Este caballero es de toda mi confianza, dijo la regente.

— He pedido hablar á V. A. sola, replicó el desconocido: esa es mi primera condicion.

— Dejados, don Luis, dijo la duquesa.

El gefe se inclinó y salió.

El desconocido se encontró solo con la regente, separado solo de ella por el reclinatorio sobre el que estaba colocado un libro de los Evangelios, y en cuya parte superior se elevaba un crucifijo.

La regente le dirigió una rápida mirada. Era un hombre de treinta á treinta y cinco años, de una estatura algo mas que mediana, de tostada tez, cabellos negros que caian en rizos á lo largo de su garganta, y cuyos ardientes ojos espresaban á la vez la resolucion y la temeridad; como todos los habitantes de las montañas, era admirablemente bien formado, y se conocia que todos sus miembros tan proporcionados tenian en alto grado elasticidad y soltura.

— ¿Quién sois, y de dónde venis? preguntó la regente.

— ¿Qué interés teneis en saber mi nombre, señora? dijo el desconocido; ¿qué os importa el pais donde he nacido? Soy calabrés; es decir; esclavo de mi palabra.... Hé aqui todo lo que os importa saber, ¿no es eso?

— ¿Y os comprometéis á entregarme á Rocco del Pizzo.

— Me comprometo á ello.

— Y en cambio, ¿qué exigis de mí?

— Justicia.

— Hacer justicia es un deber que cumplo, y no una recompensa que concedo.

— Si, bien sé que en vosotros los soberanos es esa una de vuestras pretensiones, todos os creéis jueces tan integros como Salomon; desgraciadamente vuestra justicia tiene dos balanzas y dos medidas.

— ¿Cómo es eso?

— Si, sí, que pesa mucho para los pequeños, que es muy

ligera para los grandes, continuó el desconocido. Hé ahí lo que es vuestra justicia.

— No teneis razon, replicó la regente; mi justicia es igual para todos, y os daré la prueba de ello. Hablad: ¿para quién pedis justicia?

— Para mi hermana, cobardemente engañada.

— ¿Por quién?

— Por uno de vuestros cortesanos.

— ¿Quién?

— ¡Oh! uno de los mas jóvenes, de los mas bellos, de los mas nobles! — ¡Ah! mirad, vuestra alteza vacila ya!

— No; pero deseo saber primero lo que ha hecho....

— Y si lo que ha hecho merece la muerte, ¿tendré su cabeza en cambio de la de Rocco del Pizzo?

— Pero, preguntó la duquesa, ¿quién será el juez de la gravedad del crimen?

El desconocido vaciló un instante; en seguida, mirando fijamente á la regente:

— La conciencia de V. A.

— ¿Es decir que os fiais en ella?

— Completamente.

— Teneis razon.

— Asi, si V. A. encuentra el crimen capital, ¿tendré su cabeza en cambio de la de Rocco del Pizzo?

— Os lo juro.

— ¿Sobre qué?

— Por este Evangelio y ese Cristo.

— Está bien. Escuchad entonces, señora, porque es toda una historia.

— Ya escucho.

— Nuestra familia habita una casita aislada, á media legua de la aldea de Rosarno, situada entre Cosenza y Santa Eufemia; se compone de dos ancianos, mi padre y mi madre; de dos jóvenes, mi hermana y yo. Mi hermana se llama Constanza. A nuestro rededor se estienden los domi-

nios de un señor poderoso, en cuyas tierras nos ha hecho nacer el acaso, y de quien por consecuencia somos vasallos.

— ¿Cómo se llama ese señor? interrumpió la regente.

— Os diré su crimen primero, despues su nombre.

— Está bien; continuad.

— Era un magnifico señor nuestro jóven amo, bello, noble, rico, generoso, y sin embargo de todo eso, temido y odiado; porque al verle no había un marido que no temblase por su mujer, un padre que no temblase por su hija, un hermano que no temblase por su hermana. Pero preciso es decir tambien que todo el mal que hacia era incitado por un génio perverso que le imbuía ideas infernales. Este mal génio era su hermano natural: llamábase Raimundo el Bastardo.

— ¡Raimundo el Bastardo! exclamó la regente, ¿el que ha sido asesinado esta noche?

— El mismo.

— ¿Conoceis á su asesino?

— Soy yo.

— ¿No es, pues, Rocco del Pizzo? exclamó la duquesa.

— Soy yo, repitió el desconocido con la mayor tranquilidad.

— ¿Es decir que habeis empezado por haceros justicia por vuestra mano?

— He venido á pedir la hace tres dias y se me ha negado.

— Entonces ¿qué venís á reclamar hoy?

— La mejor parte de mi venganza, señora; Raimundo el Bastardo no era mas que el instigador del crimen; su hermano es el criminal.

— ¡Su hermano! exclamó la duquesa, ¡su hermano! Pero su hermano es Antoniello Carracciolo.

— El mismo, señora, respondió el desconocido fijando su penetrante mirada en la regente.

Isabel palideció y se apoyó sobre el reclinatorio, como si la faltasen sus fuerzas; pero no tardó en recobrar el ánimo.

— Continudad, continuad.

— Y el nombre del culpable, ¿no cambiará en nada la sentencia del juez? preguntó el desconocido.

— Nada, respondió la regente, absolutamente nada, os lo juro.

— ¿Por ese Evangelio y ese Cristo?

— Si: continuad, ya escucho.

Y volvió á tomar la misma actitud y á poner el mismo semblante que tenia un momento antes de que se le hubiese hecho la terrible revelacion, y el desconocido á su vez volvió á continuar con el mismo tono de voz con que había comenzado, la relacion interrumpida.

— Os decia, pues, señora, que el conde Antoniello Carracciolo era un bello, noble rico y generoso señor, pero que tenia un hermano que era para él lo que la serpiente fué para nuestros primeros padres; el génio del mal.

Sucedió un dia, hace de esto seis meses próximamente, señora; sucedió, digo, que el conde cazaba un dia en la parte de sus bosques vecina á nuestra casita. Se habia extraviado persiguiendo á un gamo, estaba sofocado, tenia sed, vió á una jóven que volvia de la fuente llevando en su hombro un cantarillo lleno de agua; se bajó del caballo, pasó por su brazo la brida del noble bruto, y se acercó á pedir de beber á la jóven. Esta jóven era Constauza, era mi hermana.

Un estremecimiento circuló por todo el cuerpo de la regente, pero el desconocido continuó sin que demostrase apercibirse del efecto producido por sus últimas palabras.

— Os he dicho, señora, lo que era el conde Antoniello; permitid os diga tambien lo que era mi hermana.

Era esta una jóven de diez y seis años, linda como un ángel, casta como una Madona. Se veia á través de sus ojos hasta el fondo de su alma, como á través de una limpida

agua se ve el fondo de un lago; y su padre y su madre que todos los días la miraban, jamás habían podido leer en ellos ni la más ligera sombra de un mal pensamiento.

Constanza no amaba á nadie, y decía siempre que á nadie amaría jamás sino á Dios: y en efecto, su naturaleza sensible y delicada era muy superior á la materia que la rodeaba para que este fango humano manchase en ningún tiempo su cendal blanco y virginal.

Pero ya os lo he dicho, señora, y acaso vos misma lo sabéis; el conde Antoniello es un señor bello, noble, rico y generoso. Constanza veía por primera vez á un hombre de esa clase; sin duda el conde Antoniello veía también por primera vez á una mujer de aquella especie. Estas dos naturalezas superiores, la una por el alma, se sintieron impulsadas una hácia otra, y cuando se separaron despues de una prolongada conversacion, Constanza comenzó á pensar en el bello jóven, y el conde Antoniello no hizo más que soñar con la linda doncella.

Los labios de la regente se contrajeron; pero no pronunciaron ni una sílaba.

— Debo deciroslo todo, señora; Constanza ignoraba que aquel bello jóven fuese el conde Carracciolo; creía que era algun page ó escudero de su comitiva, á quien ella podía, siendo casta y rica, porque mi hermana para aldeana es rica, podía, digo, amar y mirar con la frente erguida.

Así se vieron tres ó cuatro días seguidos, siempre en el camino de la fuente y en el mismo sitio donde se habían visto la primera vez; pero una tarde se olvidaron de todo, de modo que mi padre, no viendo volver á su hija, se alarmó, y colgándose la carabina á la espalda, fué á buscarla.

En la revuelta de un camino la vió sentada junto á un jóven.

Al ver á nuestro padre, Constanza saltó como un gamo espantado, y el jóven por su parte, se internó en el bosque. El primer movimiento de mi padre fué echarse á la cara

el arcabuz y que hiciera su oficio, pero Constanza se arrojó entre el cañon del arma y Carracciolo. Nuestro padre volvió á levantar el arcabuz; pero había reconocido al jóven conde.

— ¿Y era efectivamente Antoniello Carracciolo? murmuró la regente.

— Era el mismo, dijo el desconocido.

En aquella misma noche mi padre mandó á su mujer y á su hija estuviesen dispuestas á partir antes de llegar el día: las dos debían abandonar nuestra casa y buscar un asilo en la de una tía que teníamos en Monteleone. En el momento de partir, mi padre llevó á Constanza aparte y la dijo.

— Si le vuelves á ver, le mataré.

Constanza cayó de rodillas á los pies de mi padre, prometiéndole no volverle á ver; despues, con las manos en actitud suplicante y los ojos inundados de lágrimas, le pidió su perdon. Constanza partió con su madre, y cuando llegó el día, las dos estaban ya fuera de las tierras del conde Antoniello.

La regente respiró.

Al día siguiente fué mi padre á ver al conde. Ignoro lo que pasó entre ellos, pero lo que sé es que el conde le juró por su honor que nada tenía que temer en lo sucesivo por la virtud de Constanza.

Al día siguiente de esta entrevista, el conde, por su parte, partió para Nápoles.

— Sí, sí, recuerdo su vuelta, murmuró la regente. ¿y despues, despues?

— ¡Y bien! Despues, señora, despues... continuó acordándose de lo que hubiera debido olvidar. Los placeres de la córte, los favores de las damas de alto linage, las esperanzas de la ambición, no pudieron lanzar de su memoria la imágen de la pobre calabresa: aquella imágen la tenía sin cesar á su vista de día y de noche; ella atormentaba sus insomnios, ella abrasaba su sueño. Las cartas que di-

rigia á su hermano eran cada vez mas tristes, amargas, desesperadas. Su hermano alarmado, parti6 y llegó á la córte. Le creia enamorado de alguna reina, á cuya mano no se atreveria á aspirar. Prorumpió en una estrepitosa carcajada cuando supo que el objeto de aquel amor era una miserable calabresa.

— ¿Estás loco, Antoniello? le dijo. Esa muchacha es tu vasalla, tu sierva, tu súbdita; esa muchacha es uno de tus bienes.

— Pero, dijo Antoniello, he jurado á su padre....

— ¡Cómo! ¿qué has jurado, imbecil?

— He jurado no intentar volver á ver á su hija.

— Muy bien. Es preciso cumplas tu promesa. Un caballero no tiene mas que una palabra.

— Ya ves que todo está perdido para mí.

— ¿Tú has jurado no intentar volverla á ver?

— Sí.

— Pero ¿y si ella es la que viene á buscarte?

— ¡Ella!

— Sí, ella.

— ¿Y donde?

— Donde tú quieras. Aquí, por ejemplo.

— ¡Oh, no? aquí no.

— Pues bien; en tu castillo de Rosarno.

— Mas yo estoy encadenado aquí; no puedo abandonar á Nápoles.

— ¿Ni por ocho dias?

— ¡Oh! ¿por ocho dias? sí, es posible, encontraré algun pretexto para librarme de *ella* durante ocho dias. No sé de quien hablaba, señora, ni quién le retenia, es claro; pero eso es lo que dijo.

— Yo lo sé, dijo la regente poriéndose horrorosamente pálida. Continúad, continuad.

— Así, replicó Raimundo, ¿cuando recibas mi carta partitás?

— En el mismo instante.

— Está bien.

Los dos hermanos se apretaron la mano al separarse; el conde Antoniello quedó en Nápoles, y Raimundo el Bastardo parti6 para la Calabria.

Un mes despues recibió el conde Antoniello una carta de su hermano, y preciso es hacerle justicia, es un hombre fiel á su promesa el conde. Aquel mismo dia parti6.

He aqui lo que habia sucedido. No os impacientéis, señora; me acerco al desenlace.

— No me impaciento, escucho, respondió la regente; pero me estremezco escuchándoos.

— Un hombre habia sido asesinado cerca de la fuente. En aquel momento volvía mi padre de caza: encontró á aquel desgraciado espirando, se precipitó á su socorro, y cuando intentaba, aunque inúltimente, volverle á la vida, dos criados de Raimundo el Bastardo salieron del bosque y se apoderaron de mi padre cómo si fuera el asesino.

Por una estraña fatalidad, la carabina de mi padre estaba descargada, y por una coincidencia desgraciada pero de la que Raimundo podria descubrir el secreto si no hubiera muerto, la bala que extrajo del pecho del cadáver era del mismo calibre que las que se encontraron á mi padre.

La causa duró poco; los dos criados declararon en un sentido que no permitía á los jueces vacilar. Mi padre fué condenado á muerte.

Mi madre y mi hermana supieron á un tiempo la catástrofe, el proceso y el juicio; dejaron á Monteleone y llegaron á Rosarno el dia mismo en que el conde Antoniello, prevenido por la carta de su hermano, llegaba de Nápoles.

El conde Carracciolo, como señor de Rosarno, tiene derecho de alta y baja justicia. Podia, pues, con una señal suya dar á mi padre la vida ó la muerte.

Mi madre ignoraba que el conde hubiese llegado; encontró á Raimundo el Bastardo, que la anunció aquella nueva

feliz, y la dió el consejo de ir á solicitar con su hija el perdón de nuestro padre y de su marido; no habia tiempo que perder; la ejecucion de mi padre se habia fijado para el siguiente dia.

Ella se apresuró á aprovecharse de la senda que le abria aquel consejo, que miraba como un consejo de amigo; fué por su hija, la llevó consigo sin decirle á donde la conducia, y el mismo dia de la llegada del noble señor, las dos desoladas mujeres fueron á llamar á la puerta de su castillo.

La pobre madre ignoraba el amor del conde á Constanza.

La puerta se abrió, como es de inferir, porque todo habia sido preparado por el infame Raimundo, para quien nada se opuso al logro de su proyecto; pero así que entraron, la madre y la hija encontraron lacayos que les cerraron el paso, diciéndolas que una sola de las dos podia entrar.

Mi madre entró, Constanza esperó.

Encontró al conde Antoniello, que la recibió con semblante severo; ella se arrojó á sus pies, rogó, suplicó; Antoniello fué inflexible; se habia cometido un crimen, decia, su marido era culpable de aquel crimen; era preciso que el asesinado quedase vengado, era preciso que la justicia siguiese su curso; la sangre pedia sangre.

Mi pobre madre salió de la habitación del conde herida por el dolor, anonadada por la desesperacion, y pidiendo gracia á Dios.

— Pero ¿en dónde estábais entretanto? preguntó la regente al desconocido.

— Al otro extremo de la Calabria, señora; en Tarento, en Brindis, qué sé yo. Yo estaba demasiado lejos para saber nada de lo que pasaba. Es lo que puedo decir.

Mi madre salió, pues, desesperada y quiso llevarse consigo á su hija, pero Constanza la detuvo.

— A mi vez, madre mia, á mi vez intentaré conmovier á nuestro señor. Acaso seré yo mas feliz que vos.

Mi madre movió la cabeza y cayó en una silla: nada esperaba.

Mi hermana entró.

— ¡Sabia que aquel hombre la amaba, exclamó la regente, y sin embargo, se presentaba á él!...

— Mi padre iba á morir, señora; ¿comprendéis?

Isabel de Aragon se mordió los labios; mas al punto:

— Continúad, continúad.... dijo.

Diez minutos pasaron en una mortal ansiedad: al fin un criado salió con un papel en la mano.

— Monseñor el conde concede amplio y completo perdón al culpable, dijo; aqui teneis el pergamino con su sello.

Mi madre arrojó un grito de alegría tan profundo, que parecia un grito de desesperacion.

— ¡Oh! ¡gracias, gracias! dijo; y besando la firma del conde se precipitó hácia la puerta. Mas deteniéndose de repente:

— ¿Y mi hija? preguntó.

— Id al punto á la prision, dijo el criado; encontrareis á vuestra hija en vuestra casa cuando volvais.

Mi madre salió corriendo, loca de alegría, fuera de sí de felicidad; atravesó las calles de Rosarno gritando: — « Su perdón, su perdón! ¡tengo su perdón!... » Llegó á la puerta de la prision, donde ya se habia presentado dos veces sin poder entrar. Quisieron arrojarla de allí por tercera vez, pero enseñó el pergamino, y la puerta se abrió.

La condujeron al calabozo de mi padre.

A nadie esperaba mi padre mas que al verdugo, y sin embargo, en vez de la muerte era la vida la que entraba.

Hubo en aquella morada de dolor un instante de indecible júbilo.

En seguida pidió mi padre detalles: cómo mi madre y mi hermana habian sabido la acusacion que pesaba sobre

él, como habian llegado hasta el conde; en fin, cómo habia pasado todo.

Mi madre empezó la relacion; mi padre la escuchó, interrumpiéndola á cada momento con sus exclamaciones; poco á poco dejó de hablar, y solo pronunció algunas palabras con temblorosa voz. Muy pronto se calló, despues su cabeza descansó en sus dos manos, el sudor de la angustia le subió al rostro, y el rubor de la vergüenza abrazó sus mejillas; en fin, cuando mi madre le dijo que despedida por el conde habia permitido á mi hermana reemplazarla, saltó lanzando un rugido como un leon herido, y se lanzó á la puerta; estaba cerrada.

Cogió la piedra que le servia de almohada, y la lanzó con todas sus fuerzas contra la ferrada puerta que creia tener derecho de que le abriesen.

El carcelero se acercó y le preguntó qué queria.

— ¡Quiero salir! exclamó mi padre, ¡salir al instante mismo!

— Imposible, dijo el carcelero.

— ¡Tengo mi perdon! exclamó mi padre. ¡Le tengo, he-le aqui!

— Si, pero en él se previene que no saldreis de la prision hasta mañana por la mañaua.

— ¡Mañana por la mañana! dijo el preso con una esclamacion terrible.

— Leedlo, si dudais de ello, añadió el carcelero.

Mi padre se aproximó á la lámpara, y leyó y volvió á leer el pergamino. El carcelero tenia razon; sea casualidad, sea error, sea cálculo, el dia de su salida se habia fijado para el dia siguiente por la mañana precisamente.

El preso no exhaló un grito, un gemido, un sollozo. Volvió á sentarse, mudo y sombrío, sobre su miserable lecho.

Mi madre se arrodilló delante de él.

— ¿Qué tienes? le preguntó.

— Nada, respondió.

— Pero ¿qué temes?

— ¡Oh! poca cosa.

— ¡Dios mio, Dios mio! ¿qué crees, qué temes, qué piensas?

— Pienso que Constanza es indigna de su padre, y nada mas.

— ¡Pero eso es imposible!

— ¡Imposible! ¿y por qué?

— Me han dicho que iba á salir en seguida que yo saliera. Me han dicho que nos esperaria en nuestra casa.

— Pues bien, vé á casa á ver si está y si está vuelve con ella.

— Vuelvo, dijo mi madre.

Y llamó á la puerta y pidió la dejasen salir. El carcelero la abrió.

Fué corriendo á la casa. La casa estaba desierta; Constanza no habia vuelto á aparecer.

Fué precipitadamente á palacio y preguntó por su hija. La contestaron que no sabian lo que queria decir.

Volvió á su casa. Constanza aun no pareció.

Esperó hasta la noche. Constanza no pareció.

Entonces pensó en su marido, y se dirigió de nuevo hácia la cárcel; pero ahora iba con paso lento y tan silenciosa como si hubiese seguido al cementerio el cadáver de su hija.

Como la vez anterior, la abrieron las puertas.

Encontró á su marido sentado en el mismo sitio; aunque habia reconocido sus pasos, no levantó la cabeza. Se tendió á sus pies y reclinó sin decir una palabra la frente sobre sus rodillas.

— ¿Comprendeis, señora, qué noche tan infernal seria aquella para los dos desgraciados seres?

Al dia siguiente, al rayar el dia, abrieron la prision y anunciaron al reo que estaba libre.—Ya os lo he dicho, añadió el desconocido prorumpiendo en una terrible car-

cajada: ¡oh! ¡el conde Carracciolo es un noble señor, y que cumple religiosamente su palabra!...

Los dos ancianos salieron apoyándose uno en otro. Una sola noche había aproximado á los dos diez años á la tumba.

Al dar vuelta á la esquina de la calle, desde donde se veía la casa, vieron á Constanza que les esperaba arrodillada en el dintel de la puerta.

No apresuraron el paso para aproximarse á su hija; su hija no se levantó para aproximarse á ellos.

Cuando estuvieron cerca de ella, Constanza unió sus manos y no pronunció mas que una palabra.

— ¡Perdon!

Por un movimiento instintivo, mi madre se interpuso entre su marido y su hija.

Pero él la separó bondadosamente.

— ¡Perdon! dijo alargando la mano á Constanza, perdon! ¿y por qué perdon, hija mia? ¿no eres un ángel? ¿no eres una santa? ¿no eres mas que todo eso, no eres una mártir?

Y la abrazó.

En seguida, cuando la madre llevándose á su hija á lo interior de la casita, le dejó solo en la primera habitacion, descolgó su carabina, se la puso á la espalda, y se dirigió hácia el castillo.

Pidió permiso para dar gracias al conde.

El conde hacia una hora había marchado á Nápoles.

Pidió permiso para dar gracias á Raimundo.

Raimundo había marchado con su hermano.

Volvióse entonces á la casita, y arrimó su carabina á la chimenea. En seguida Constanza y su madre oyeron un ruido como el de un cuerpo pesado que había caído; acudieron las dos y encontraron al anciano tendido sin conocimiento en medio de la habitacion.

Le colocaron en la cama; mi hermana quedó junto á él, mientras mi madre iba á buscar un médico.

El médico movió la cabeza; sin embargo, sangró á mi padre. A la noche volvió el anciano á abrir los ojos.

Cuando volvía á abrir los ojos, yo pisaba el umbral de la puerta.

No vió á mi madre ni á mi hermana; á nadie vió mas que á mi.

— ¡Hijo mio, hijo mio! exclamó, ¡oh! ¡es la venganza divina la que te trae!

Me arrojé en sus brazos.

— Salid, dijo á mi madre y á mi hermana, y dejadnos solos.

Mi madre obedeció, pero mi hermana quiso quedarse.

Entonces el anciano se incorporó en el lecho, y señalando á Constanza su madre que se alejara :

— Seguid á vuestra madre, dijo con uno de esos gestos supremos que exigen ser obedecidos; seguid á vuestra madre, si quereis que os siga mi bendicion.

Constanza besó la mano del moribundo, se arrojó á mi cuello llorando, y siguió á mi madre.

Dejé mi carabina, mis pistolas y mi puñal sobre una mesa, y fui á arrodillarme junto al lecho del anciano.

— Es la venganza divina la que te trae, repitió por segunda vez. Escúchame, hijo mio, y no me interrumpas; porque lo conozco, no me quedan mas que algunos instantes de vida : escúchame.

Le hice seña de que podía hablar.

Entonces me refirió todo.

Y á medida que hablaba, su voz se animaba, la sangre reflua á su rostro, la cólera rebosaba en sus ojos; se hubiese dicho que estaba en la plenitud de sus fuerzas, de su vida y de su salud. Pero al pronunciar la última palabra, cuando llegó al momento en que al volver á su casa, y habiendo puesto la carabina junto al hogar, creyó que ya

tenía que renunciar á su venganza, exhaló un grito ahogado, y cayó su cabeza sobre la almohada.

Habia muerto.

Estuve mucho tiempo sin creerlo, por mucho tiempo le sacudí los brazos, mucho tiempo le llamé; al fin sentí sus manos irse enfriando entre las mias, al fin vi empañarse sus ojos.

Se los cerré, le crucé las manos sobre su pecho, le abracé por última vez y eché por encima de su cabeza su sábana convertida en mortaja.

En seguida fui á abrir la puerta del fondo, y haciendo seña á mi madre y á mi hermana de que se aproximaran :

— Venid, las dije, venid á orar junto á vuestro marido y á vuestro padre muerto.

Las dos mujeres se arrojaron sobre el lecho mesándose los cabellos, y prorumpiendo en sollozos.

En tanto colocaba yo mis pistolas y mi puñal en el cinto, y echándome á la espalda la carabina, me dirigí á la puerta.

— ¿Dónde vas, hermano? exclamó Constanza.

— A donde Dios me lleve, respondí.

Y antes que tuviese tiempo de oponerse á mi marcha, atravesé el umbral y desaparecí en la oscuridad.

Vine directamente á Nápoles.

Me habian dicho que érais vos no solo hermosa entre las hermosas, sino tambien justiciera entre las reinas.

Vine á Nápoles con la intencion de pedir os justicia.

— ¡Cómo! ¿no os la habeis hecho por vos mismo? preguntó Isabel.

— Una puñalada no era bastante para semejante crimen, señora; es el patíbulo el que yo queria. Antoniello Carracciolo ha deshonrado mi familia; yo quiero la deshonra de Antoniello Carracciolo.

— Es muy justo, murmuró la regente.

— Pero para mayor seguridad todavia, como supiese en el camino que se habia puesto precio á la cabeza de Rocco del Pizzo, y como leyese al llegar á Nápoles en una esquina del Mercato Nuovo el edicto por el que se ofrecian cuatro mil ducados al que le entregase muerto ó vivo; para mayor seguridad, digo, me presenté al gefe de la policía, ofreciendo entregar vivo á ese hombre á quien buscais por todas partes y á quien en ninguna podeis encontrar. Pero el gefe de la policía no quiso concederme lo que le pedia, es decir, una audiencia de V. A. Entonces resolví conseguir mi objeto por otro medio; robé en el camino de Resina á Torre del Greco.

— ¿Entonces érais, pues, vos, y no Rocco del Pizzo?...

— Entonces robé en el camino de Aversa...

— ¿Érais, pues, vos, y no el que se creia?...

— Entonces asesiné en el camino de Amalfi. La muerte de Raimundo era el principio de mi venganza, porque estaba resuelto á recurrir á la venganza ya que se me negaba la justicia.

— Está bien, dijo la regente; Dios ha querido que yo os encuentre: todo se dispone bien.

— Todo se dispone bien, dijo el desconocido.

— ¿Y os manteneis en el compromiso de entregarme á Rocco del Pizzo?

— Me mantengo.

— ¿Sabeis dónde está?

— Lo sé.

— ¿Respondeis de cogerle?

Respondo de ello.

— ¿Y me le entregareis vivo?

— En cambio de Carracciolo muerto: ya lo sabeis, es mi condicion, señora.

— Está dicho; perded cuidado. ¿Pero quién me responderá de vos de aquí á entonces?

— Es muy sencillo: enviadme preso; solo si me hareis

conducir por dos guardias á algun balcon donde pueda asistir al suplicio de Carracciolo. Despues, una vez muerto Carracciolo, os entregaré á Rocco del Pizzo.

— Pero ¿y si no me entregais?

— Mi cabeza responderá de la suya; os lo he dicho y lo repito.

— Es verdad, dijo la regente, lo habia olvidado.

Y dió palmadas, á las que acudió el capitan de guardias.

— Haced inscribir á este hombre en el registro de la Vicaria, dijo.

El capitan entregó el desconocido á dos guardias, y volvió á entrar.

— Ahora, continuó la regente, haced arrestar al conde Antonello Carracciolo y conducidle al castillo dell'Ovo.

El capitan se presentó en el palacio de Carracciolo; pero sospechando sin duda algo del peligro que le amenazaba, Carracciolo habia desaparecido.

La regente al saber aquella noticia que le confirmaba la culpabilidad de su favorito, mandó al punto á los nobles del juzgado de Cápua, donde estaban inscritos los Carracciolo, le entregasen el culpable, dándoles tres dias solamente para cumplir aquella orden.

Pasaron los tres dias, y como al fin del tercero no hubiese vuelto á aparecer el conde al dia siguiente vió Nápoles al despertarse cincuenta obreros ocupados en demoler el palacio de Antonello Carracciolo, situado frente á la catedral.

Cuando el palacio estuvo completamente arrasado, llevaron un arado, surcaron con él el sitio donde se habia elevado, y sembraron de sal los surcos.

Despues se comenzó á demoler el palacio situado á la derecha del suyo; era el palacio del principe Carracciolo, su padre.

En seguida comenzaron á demoler el palacio de la iz

quierda: era el palacio del duque Carracciolo. su hermano mayor.

Demolido el palacio, se hizo en el sitio que ocupaba lo que se habia hecho con los otros dos.

La regente mandó que se hiciese lo mismo con los palacios de todos los Carracciolo, hasta que los Carracciolo hubiesen entregado al culpable.

En la noche que siguió á esta orden, Antonello Carracciolo se constituyó él mismo prisionero.

Al dia siguiente su padre y sus dos hermanos se presentaron en palacio, pero la regente mandó contestar que no estaba visible.

Al otro dia escribió el prisionero á la duquesa para solicitar de ella la gracia de una entrevista; pero la duquesa mandó le dijese que no podia recibirle.

Unos y otros renovaron durante ocho dias sus tentativas; pero ni unos ni otros obtuvieron el resultado que deseaban.

La mañana del noveno dia, los habitantes del Mercato Nuovo, con una admiracion mezclada de espanto, vieron en la plaza un patibulo que la vispera no estaba allí. El fúnebre tablado habia salido de las sombras, sin que nadie le oyese construir.

Habia en uno de los extremos del cadalso un altar y en el otro un tajo; entre el tajo y el altar estaban á un lado un sacerdote, al otro al verdugo.

Nadie sabia para qué era aquel patibulo, aquel verdugo, aquel sacerdote, aquel tajo y aquel altar.

A poco se vió llegar por el muelle que va del muelle al Mercato Nuovo un hombre conducido por dos guardias. Se creyó al principio que aquel hombre era el héroe del drama que allí iba á representarse; pero entró seguido de sus dos guardias, en una de las casas de la plaza. Un instante despues volvió á aparecer, siempre entre sus dos guardias, á la ventana de aquella casa que daba frente al

cadalso. Se habían engañado acerca de la importancia de aquel hombre, que al parecer debía ser simple espectador del suceso.

Un instante después se oyeron voces á un tiempo por el malecón que va del puente de la Magdalena al Mercato Nuovo y en la calle del Suspiro. Dos cortejos avanzaban el de la calle del Suspiro conduciendo á un joven de buena presencia, el del muelle conduciendo á una linda joven.

El joven de buena presencia era Antoniello Carracciolo. La linda joven era Constanza.

Se presentaron los dos en la plaza al mismo tiempo, los dos se aproximaron al cadalso con paso igual, los dos subieron á él juntos; solo que Constanza subió por el lado del sacerdote, y Antoniello por el del verdugo.

Llegados á lo alto, Antoniello hizo un movimiento para dirigirse hácia Constanza, pero el verdugo le detuvo; Constanza dió un paso para avanzar hácia Antoniello, pero el sacerdote lo impidió.

Entonces el escribano desarrolló un pergamino y le leyó en alta voz. Era el contrato de matrimonio del conde Antoniello Carracciolo con Constanza Masalli, contrato por el que el noble desposado daba á su futura esposa, no solo todos sus títulos, sino también todos sus bienes.

Aunque la plaza estaba llena de gente, aunque ese gentío fluía á las calles circunvecinas, á pesar de que los balcones parecían contruidos de cabezas y los tejados de las casas cargados de una mies dotada de vida, en el momento en que el escribano desplegó el pergamino, se hizo tal el silencio en aquella multitud, que ni una palabra del contrato de matrimonio se perdió.

Así que aquella multitud, terminada la lectura, prorumpió en aplausos. Comenzábase á comprender que, á pesar de la diferencia de condiciones, la regente había or-

denado que el conde volviera á la aldeana el honor que la había quitado.

En cuanto á los dos desposados, que probablemente hasta entonces no habían sabido de qué se trataba, pareció que cobraban ánimo; y cuando el sacerdote que había subido al altar les hizo seña de que se aproximasen, fueron con paso bastante firme á arrodillarse ante él.

Inmediatamente comenzó la misa, acompañada de todas las ceremonias del matrimonio. El sacerdote preguntó á cada uno de los jóvenes si tomaba al otro por esposo, y los dos, con una voz inteligible pronunciaron el sí solemne. En seguida el ministro de Dios puso á Antoniello el anillo nupcial, y Antoniello le colocó en el dedo de Constanza.

Entonces se arrodillaron los dos de nuevo, y el sacerdote los bendijo.

Todos los circunstantes lloraban de alegría y de emoción al ver aquel extraño espectáculo, y bendecían á su vez á los dos jóvenes esposos cuando de repente, el mismo ministro que había pronunciado las santas palabras del matrimonio, entonó con voz sorda las oraciones para los moribundos. Al oír aquel cambio, se estremeció toda aquella multitud y circuló entre ella un murmullo de terror, porque comprendía que no se había ejecutado más que la mitad del espectáculo, y que el desenlace iba á ser una catástrofe terrible.

En efecto, cuando Antoniello, ignorando como los demás el destino que le estaba reservado, echaba en derredor de sí una mirada de espanto, los dos ayudantes del ejecutor se apoderaron de él, y antes que tuviese tiempo de hacer un movimiento para defenderse, le ataron las manos, y mientras el verdugo desenvainaba la espada, condujeron al reodelante del tajo, que como hemos dicho, estaba al otro extremo del patíbulo frente al altar, y le obligaron á arrodillarse.

Constanza quiso lanzarse hácia Antoniello, pero el sacerdote detuvo á la jóven presentando un crucifijo entre ella y su esposo.

Vió entonces Antoniello que todo habia concluido para él, y comprendió que estaba irrevocablemente sentenciado; ya no pensó, pues, mas que en morir bien. Levantó la frente, dijo en voz alta una plegaria; despues volviéndose hácia Constanza medio desmayada:

— Hasta que nos veamos en el cielo, le dijo, y colocó su cuello en el tajo.

En el mismo instante la espada del ejecutor brilló como el rayo, y la multitud, arrojando un grito terrible, hizo un movimiento de retroceder; la cabeza de Carracciolo, separada del cuerpo de un solo golpe, habia saltado del tajo al suelo, y rodaba entre los piés de los que estaban mas próximos al patíbulo.

Dos cofradías religiosas se aproximaron entonces al cadalso: una de hombres, otra de mujeres. La primera se llevó el cadáver de Carracciolo decapitado, la segunda el cuerpo de Constanza desmayada.

La multitud siguió sus pasos, y á los pocos instantes se encontró la plaza enteramente sola; no quedaba mas que el terrible aparato, solitario, sangriento y en pié; permaneciendo allí para atestiguar sin duda á la poblacion de Nápoles que todo lo que acababa de ver era una realidad y no un sueño.

Cuando la plaza estuvo desocupada, el hombre que habia asistido á la ejecucion, entre sus dos centinelas, bajó con ellos y tomó el camino del malecon. Pero en lugar de llevarle á la Vicaria, los soldados le condujeron al Palacio real.

Llegado allí le introdujeron en las mismas habitaciones que la primera vez, y conducido al mismo oratorio encontró en él á la regente, en el mismo sitio, en pié junto al reclinatorio, y la mano estendida sobre los Evangelios.

Los soldados entraron con él y se colocaron uno á cada lado de la puerta.

— ¡Y bien! dijo Isabel de Aragon, ¿he cumplido mi juramento?

— Religiosamente, señora, respondió el desconocido.

— Ahora os toca á vos cumplir la vuestra.

— Estoy pronto.

— ¿Dónde está el hombre á cuya cabeza se ha puesto precio?

— Delante de V. A.

— Es decir, que Rocco del Pizzo...

— Soy yo, señora.

— Ya lo sabia, dijo Isabel.

— Entonces, replicó el bandido, ¿qué dispone de mí V. A.?

— Que sirvais de padre á la huérfana y de protector á la viuda.

— ¿Cómo, señora?... exclamó Rocco del Pizzo.

— No sé yo hacer justicia ni gracia á medias, replicó la regente.

Despues, volviéndose hácia los soldados:

— Este hombre está en libertad de ir donde quiera, dijo; dejadle, pues, salir.

Y se volvió á entrar en sus habitaciones con paso tranquilo y seguro, con paso de reina.

Constanza volvió á Calabria con su hermano, porque todavía tenia, como se recordará, su pobre madre en Rosarno.

Rocco del Pizzo la siguió.

Pero cuando murió su madre, lo cual sucedió á la noche siguiente; ella se volvió á Nápoles, entró en el convento que la habia ya recogido, pagó su dote, y legó lo

demás de la inmensa fortuna que la habia dejado su marido á la pobre comunidad, que se encontró rica de un solo golpe.

Rocco del Pizzo siguió á su hermana en Nápoles.

Pero el día en que esta pronunció sus votos, cuando comprendió que no le necesitaba ya, y que el Señor le habia reemplazado junto á ella, desapareció y nadie le volvió á ver despues, ni se supo á punto fijo lo que fué de él.

Créese que se adhirió al partido de César Borjia, y que fué muerto al lado de aquel grande hombre, y al mismo tiempo que él.

## VIII

## POUZZOLES

Subimos á nuestro corricolo, dejando á la derecha el lago de Agnano, acerca del que hay poco que decir; entramos en la antigua via romana que conduce desde Nápoles á Pouzzoles, y que se llamaba la via Antonina. No cabia equivocarse, conserva el antiguo lecho de piedras volcánicas, está todo él costado de sepulcros ó mas bien de ruinas sepulcrales, habiendo quedado á través de las edades dos ó tres tan solo como marcas seculares que permanecen en pié en el camino infinito del tiempo.

Nos detuvimos en el convento de capuchinos. Aqui es donde han trasportado la piedra en que San Genaro sufrió el martirio; esta piedra está todavia hoy manchada de sangre, y cuando el milagro de la licuefaccion se verifica